

Longwood University

Digital Commons @ Longwood University

Longwood: Life during COVID-19

Library, Special Collections, and Archives

5-1-2020

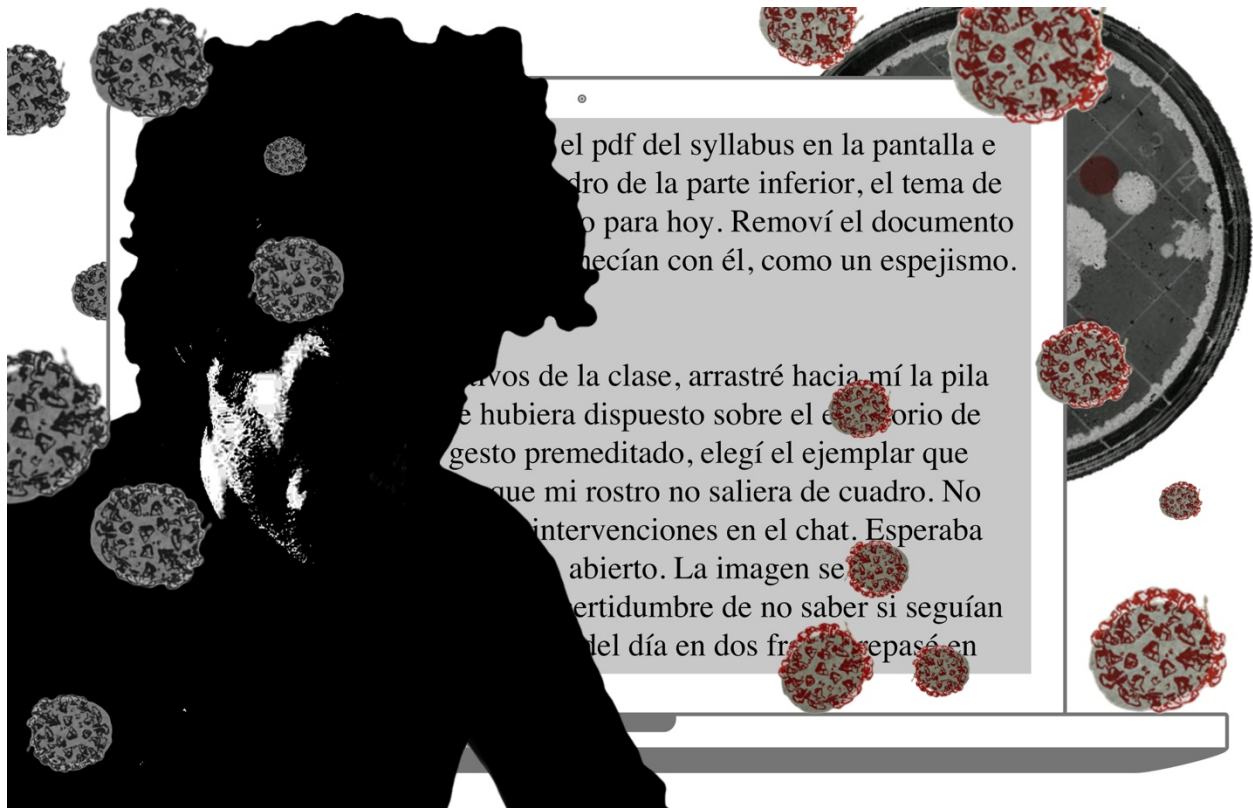
Viral Diary

Sergio Diaz-Luna

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.longwood.edu/covid19>

Viral Diary / Diario Viral by Sergio Díaz-Luna

**#learning disease #panic-gogy #online teaching #online education
#screen to screen instruction #synchronous writing
#asynchronous thinking #distance education #teaching online
classes**



Panic-gogy, Díaz-Luna [2020]

Díaz-Luna, Sergio. "Viral Diary." *Critical Writings*, 1 Apr. 2020,
sergiodiazluna.weebly.com/viral-diary.html

1.

10:00 a.m.

Con un *click* mágico los estudiantes iban apareciendo a través del cristal. Incrédulo, yo trataba de silenciar la electrizante intoxicación de saludos y emojis que empezaban a inundar el pequeño recuadro al lado derecho de la pantalla, tipeando tan rápido como mis dedos me lo permitían y repasando ansioso las erratas que infaliblemente la premura parecía estimular antes de pulsar “enter”. Temiendo que el entusiasmo que nos animaba se desvaneciera en medio de aquella pandemia asombrosa de exclamaciones y símbolos, me adelanté a darles la bienvenida a nuestra primera clase “en línea”. Entonces, abrí el pdf del syllabus en la pantalla e indiqué, nuevamente en el recuadro de la parte inferior, el tema de la clase que habíamos programado para hoy. Removí el documento y sentí que mis palabras se desvanecían con él, como un espejismo.

10:05 a.m.

Recién expliqué los objetivos de la clase, arrastré hacia mí la pila de libros que usualmente hubiera dispuesto sobre el escritorio de nuestro salón y con un gesto premeditado, elegí el ejemplar que tenía el tamaño justo para que mi rostro no saliera de cuadro. No tardaron en desvanecerse sus intervenciones en el chat. Esperaba que reconocieran el libro mudo, abierto. La imagen se fue opacando. Consumado por la incertidumbre de no saber si seguían ahí “conmigo”, ausculté la teoría del día en dos frases, repasé en voz alta un par de fragmentos y cuando terminé de leer esperé, esperé. Mis comentarios fueron dejando intacta la “zona de participación”. El número de asistentes en el chat no descendió, pero por los siguientes quince minutos fue intermitente, problemas de la conectividad remota, pensé.

10:20 a.m.

Como un pliegue transparente la ventanita que me indicaba su presencia o por lo menos, que estaban escuchando con virtual atención, permanecía inmóvil. Si no había preguntas en las sesiones “face-to-face”, ¿por qué debería haberlas en la sesión a distancia? Esperé, esperé. El gris de la pantalla produjo un vacío, una espiral

radioactiva que nos succionó. Caímos en cuarentena por unos minutos. Repasé de reojo y en voz alta otros fragmentos. El gato saltó sobre la mesa, estilizado y descortés cruzó por encima de los libros frente a la cámara, entonces una coreografía internáutica de emojis celebró la hostilidad de plastilina del gato, después de la cual los estudiantes volvieron a atrincherarse detrás de sus pantallas. Volví a la carga desplegando otro pdf con preguntas para la siguiente sesión. Cabizbajo todavía sobre el libro, quemé una despedida lenta a golpe de tecla, levanté la cabeza frente a la cámara y dibujé una sonrisa vaporosa mientras les daba las gracias por “haber atendido” nuestra primera clase virtual.

10:30 a.m.

Un segundo después la alarma indicó los treinta minutos, entonces con dificultad, casi extinguido de la mente, atropellé mis dedos sobre el teclado para ocultar la cámara. Cerré el chat. Absorto, palpé con mis ojos los lomos de los libros, parecía que habían envejecido. Me tomó un instante encontrarme con mi reflejo contrariado sobre la pantalla oscura. Sin razón aparente, el gato vino a enrollarse sobre mis piernas desencadenando la tentación de incorporarme. Parecía que me devolvía una sonrisa. Como restos de arena, como un idioma perdido, todo enmudeció.

2.

6:30 a.m.

Siempre escribimos tres versiones de cada ensayo. La primera es el borrador estructural, incalificable, escrito a mano en hojas de cuaderno con las cuales me divierto indefiniblemente; las dos siguientes son impresas y combinadas dan la nota final, ahí juego al crítico y al editor. Con la primera me parece que estoy leyendo una postal o una entrada de un diario. Mi trabajo es de traductor del manuscrito —lo que quiere decir, “escrito con mayor puntería”— y los leo a la velocidad del trazo: caligrafías angostas como caminitos de hormigas, otras más desaliñadas, mamarrachos dispersos como la vida. Leo los atajos, el entrechocar de las letras, las turbulencias de la tipografía íntima... las ideas bajo una lluvia torrencial.

6:42 a.m.

Este molde de los ensayos ha desaparecido con las nuevas clases a distancia. Ahora mismo estoy recibiendo un chorro de *files*. Por el resto del día voy a panear sobre por lo menos ciento veinte hojas de puro Times New Roman a doble espacio y doce puntos. Nada es irregular. No hay misterio. No hay desorden ni profundidad. Alejados del mundo, escribimos en el espacio helado de un documento de Word como precipitándonos frente a un vidrio. De la otra escritura extraño el salto por la ventana abierta.

3.

10:00 a.m.

Esperé hasta el último minuto para abrir la pantalla. Dieciséis ventanas evanescentes temblaban listas para entrar en combate con el tema de la clase. Todos parecíamos maquillados por una ligera capa de brillo, irisados.

10:05 a.m.

Es evidente que cuando miramos el visor de la cámara estamos sugiriéndole al otro que queremos que sienta que son nuestros ojos los que le miran, pero inmediatamente nos encontramos con que estamos observando un punto ciego.

10:30 a.m.

Amnésico me pareció que el tiempo se prolongaba indefinidamente, que llevábamos años hablando de la misma cosa.

10:31 a.m.

Más que hacer una clase, buscábamos hacer un contacto.

4.

10:05 a.m.

Nos pusimos en “estado de clase” muy rápido, pero fue tan fugaz, que se alzó entre nosotros nuevamente ese tipo de clase silenciosa,

cristalizada. La pantalla se puso muy brillante. Había caras allí, caras titilantes.

10:20 a.m.

La carga de la batería se agotaba. Vi en el cristal de la pantalla, de ninguna manera “dentro” del cristal, una docena de bombillas oculares absorbiendo la luz de sus propias pantallas. Semihundidos en nuestro monólogo, serios y adormecidos, sentí que estábamos viajando al salón de clases, sentados en círculo...

10:49 a.m.

Se ha dicho que permaneceremos semanas así, presos frente a las bóvedas de vidrio: “estoy sometido a una suerte de aislamiento orgánico” [Musil, *Diarios*, Cuaderno 4].

5.

8:13 a.m.

Para la reunión del quinto día del *lockdown* decidí no afeitarme. Semibárbaro, me he propuesto hacer una clase tipo seminario: abrir el libro, desviarme por algunas paráfrasis, evolucionar alegremente con el texto... Siento curiosidad por ver cómo actuará y se disipará el pensamiento.

11:18 a.m.

Toda clase es un delirio compartido. Tengo una especie de zumbido eléctrico bajo los párpados. Este cambio de enfoque, del estar-presente-en-la-clase, próximos y remotos, ha tornado las sesiones más preciosas y fugaces.

6.

9:51 a.m.

¿Qué es aprender a hablar en otro idioma? —tema del curso—
¿cómo explicar ese jalonar algodónoso de las palabras? ...y nombrar la bruma apacible y residual del latín en las lenguas romances, el

grillito colorido de los afijos, la excentricidad de las jergas, el desgajamiento dialectal, el translingüismo... ¿qué decir sobre la consanguineidad morfológica de los cognados que ya no se ha dicho?

10:10 a.m.

Primero, el extrañamiento, el shock gramatical, entonces, atenuar el *affective filter*, dejarse ir henchidos por el deseo de comunicar, impertinentes, insolentes; nosotros con nuestras voces lanzados más allá del mundo sin salir de este recuadro, con excedido desparpajo, “*errors are obligatory*” --*sine quibus non*—, totalmente eternizados porque somos totalmente un mismo cuerpo, con una boca demasiado grande y oídos como cometas que se recortan en este cielo de aes, bes, erres, haches, íes, uves, zetas. Diferidos. Realmente somos una pura biología parlante. Ora mimetizados en la imaginación bilingüe, ora desgarrados por la fatalidad sintáctica o lexical de cada sistema.

10:24 a.m.

Hace unos minutos que percibimos nuestras siluetas, pero por alguna razón “técnica” no podemos escuchar nuestras voces.

10:45 a.m.

Decidí desplegar el diagrama con las notas que había hecho antes de la clase y trazar su lógica de lectura (?). Repasé con la flecha-cursor el mapa de conceptos con la convicción de que eran algo más que símbolos de un lenguaje binario. “Eso es todo”, y mover los labios debió bastarme para girar en dirección a la puerta, alejarme del ordenador, perderme afuera y crecer con los árboles sobre cuyas ramas se fatigan mis ojos, pero ahí seguíamos llenando los cajoncitos iluminados. Agité las manos. Ahora sí, “eso es todo por hoy” escribí, apagué la cámara, cerré el micrófono y me desconecté del chat. Imaginé que detrás de la pantalla blanca, los ojos invisibles de los estudiantes se encendían de palabras, en su interior alcanzaban el grado cero de la anarquía lingüística, livianos y persistentes, aunque sólo durara lo que dura una vida.

10:30 p.m.

Imagino una clase donde la aventura de aprender es salvaje. Una luz que traspasa las ventanas y baña nuestras cabezas llenas de preguntas que nadie ha imaginado. Imagino algunas ideas que vamos tendiendo como decorando la escena, incontrolables; la posibilidad de una pizarra en la que todos escribimos —virtual o material—, “y senderos entre florcitas plantadas por la mente” [Mansfield, “Mentes cultivadas”].

8.

10:46 a.m.

Y no es que no quiera escribir sobre la enfermedad, es que la enfermedad, en este punto, ya escribe por nosotros. Ordenador, *check*. Sanitizer, *check*. Hisopos, *check*. Internet, *check*. Isopropanol antiséptico, *gradebook*, *downloading*, *social distancing*, *check*, *check*, *check*, y *check*. Una página y media de borrador del ensayo: “*off assigned topic*”, ella cuyo padre lucha contra un cáncer pancreático y está inmunocomprometido; “*no logical order*”, “*paragraphs not coherent*”, él que no tiene Internet en su casa, el otro que tiene un Wi-Fi mediocre y que viven cada uno a cuarenta minutos de un *hotspot* y conducen de ida y vuelta entre los gérmenes y la agonía de que yo alcance a leerles; “*missing title*, *missing introduction*, *missing closing sentence*”, una que empezó muy mal el semestre e intenta no hundirse en este terror exponencial, otro que no puede dejar su casa para visitar la biblioteca local porque su hermano sufre de deficiencia respiratoria y sus padres le han prohibido salir, pues, en caso de volver a casa con el virus, *there’s no way he would survive*, y otro, que posiblemente mañana perderá su visa de estudios, aterrorizado, encriptado, ya no sabe cuándo podrá dejar este país ni tampoco regresar al suyo. “*Sentences don’t communicate*”. Ellas y ellos extenuados y perdidos, amenazados de muerte por un mundo aislado, contagiado, silencioso en lo compasivo, revoltoso en su egoísmo y vanidad, más inasible ahora que ayer, más inenarrable. “*Some phrases don’t communicate*”. Y aún, nosotras y nosotros. “*Some words don’t communicate*”.

2:00 p.m.

¿Cómo podría, después de las páginas anteriores, dar un sentido a

esta lectura cuando, de todas maneras, no puedo seguir leyendo? No puedo evaluar su verosimilitud, no puedo pensar ni en una sola torsión intelectual ni en su grado de intimidad con el lenguaje ni en la más ligera exoneración del sentido en la que no me encuentre ejerciendo una forma de violencia. Plantados en la contradicción correctiva, disipados por la evolución de lo imprevisto y divididos sin poder ahuyentar las neurosis ni militar contra la arrogancia extendida del *status quo*, no puedo “calificar” esto que ustedes producen ahora, pero lo leo: “como un fuego, una droga” [Barthes, “Legible, escribible...”]; lo leo sin miramientos, como quien lee frente a un espejo confesando en soledad la bofetada psicológica de un diagnóstico inadvertido, como quien escribe declarando su tristeza, sus inseguridades, el registro llano de un corazón salido de su cuerpo que mira las montañas desplomarse y gruñir fatigadas. Usted y yo llegamos al final de otro párrafo sin saber por dónde seguir.

9.

12:41 p.m.

Entrar y salir sistemáticamente, porque se pierde la conexión, expira la máquina, por la acción desorientada de las cámaras, por la confusión de los micrófonos: en *off*, en *on*, en *pause*. Siempre escurridizos: el primer síntoma de la invisibilidad tecnológica; siempre al acecho de un nuevo punto de fuga o de un soplo que nos excluya de este confinamiento atroz. Y sin embargo reaparecemos lentamente. Soy un animal que se expone en la entrada de su madriguera enceguecido por la lógica del tiempo que no permite corregir su orden, y el animal yo, presa de un sentimiento feroz por la autoexposición, arrinconado, se cree a salvo en el borde físico de su refugio, se cree en peligro en el borde virtual de esta clase.

Lo cotidiano reorganizándose atrás, segunda señal. Absortos en la telaraña deformada de la arquitectura que pliega nuestros dormitorios remotos, todo es una distracción: el ruido de la luz, los portones que insoportablemente se abren y se cierran, el telón de sombras que atestiguan nuestro confinamiento y doblegan y saturan esta experiencia... No hay escenografía impecable. Solo la amargura robusta de una parálisis. Simplificación de la escena, poder en medio de una pregunta deslizarse hacia el pasillo y desconectarse: “¡Yo me ausento! ¡Sin dejar rastro! ¡Sin presentar excusas!” En la intimidad de

esos contextos cotidianos, en la resonancia que engendran, surge la última señal del mutismo *online*: la pose. Por ejemplo, montar y desmontar la mirada rápidamente. Tratar de contemplarnos despiertos, de romper la tensión de que ante los ojos de todo el mundo asistimos al colofón de nuestro propio espectáculo, perdidos en este estanque plateado que nos mantiene levemente unidos, como nubes aeroplaneando sobre un inmenso abismo. Descorporizados... navegando entre las muchas páginas que desplegamos para cada clase, oscilando indemnes vencidos por la niebla, como pedazos de tela que brotan por las ventanas en una mañana sombría y luego, como una táctica defensiva, el vacío los absorbe, pero enseguida vuelven a reflejarse impacientes e indiferentes, sin traspasar el alféizar de sus ventanas, en suspensión.

¿Cómo no previmos caer en esto? Estar, pero no estar. Estar pero no estar no sirve para nada. Estar pero no estar limita la pedagogía. Estar pero no estar convierte “la clase” en una incesante reorganización de las ideas, dramatiza innecesariamente cada resurgimiento en el dilema de una sudorosa recapitulación. En el espacio abarrotado del chat, en el encuadre cerrado y extraviado de la pequeña lente, en lo confinado de la escena vital: entumecimiento y escalofríos. ¿Claustrofobias en el salón de clases virtual?

10.

7:46 a.m.

¿Cuándo será el tiempo de una autopedagogía?

11.

11:30 am

Las clases se transparentan. Al creer que estamos sobre la misma página, leyendo el mismo fragmento, lo que hacemos es multiplicar las distracciones y descubrir que la lectura es un proceso de absorción idealmente infinito, inexorablemente fractal y rizomático. Y que, en verdad, se juega a descubrir cierto repliegue en una abundancia imaginaria de gestos, sobresaltarse por la urgencia de un sesgo, ese jirón del lenguaje que nos conmueve, esconde desdoblado, liberación dialéctica entre la felicidad y la agonía —del

sentido—. Entender que se necesitan expresiones inexactas, respuestas incorrectas, arborescencias: romperse y recomenzar. La clase se observa a sí misma, como mirasoles que se retrotraen calcando el presente.

12.

3:25 pm.

Mientras aceptamos que ahora no tenemos la misma clase o mejor, que tenemos una pluralidad de clases en *una sola clase*, ligeramente teatralizadas, deconstruidas, deportadas y a la deriva, nos aferramos al eco de la *única clase*, la que tuvimos por siete semanas allá en la universidad. En una palabra, la clase de ahora es un espectro, su esencia es irreal: un puro espectáculo óptico, incorpóreo, errante.

13.

3:09 a.m.

La clase es plana. Las hojas que leemos son un manojito flaco de formas planas; nunca llegamos a leer más de cuatro páginas por sesión, rebotamos en un cuadrilátero sumergidos por una hora y quince minutos en un combate a veinte asaltos; la cara aplanada; las letras, aplastadas sobre las hojas, lineales; los bordes del libro, rectos; una pantalla que nos encuadra enjuta, llana y encandilada, un haz de luz erguido que se propaga sin dispersión. Pero el truco de la clase consiste precisamente en hacer lo opuesto: “inflexionar”, ondular, encrespase con el texto, como redondeando con la curvatura de los ojos las oraciones, clavando un rizo en las caligrafías, como instalándose en las esquinas del mundo para expurgar un manojito abombado de hipótesis, encorvándose sobre el libro para orbitar su *Aleph*; así, el iris, una ceja arqueada, toda la cabeza y todas las fibras nerviosas del cuerpo, las puntas romas de los dedos y el centro de grafito del lápiz, las memorias excéntricas y concéntricas, la fábula cadenciosa de una ‘u’ que danza con su diéresis y es entonces una guapa curva vocálica que nos sonrío: ‘ü’.

5:39 a.m.

This capacity to wonder at trifles — no matter the imminent peril —

these asides of the spirit, these footnotes in the volume of life are the highest forms of consciousness, and it is in this childishly speculative state of mind, so different from commonsense and its logic, that we know the world to be good. [Nabokov, Lectures on Literature].

14.

11:18 am

La clase plural de ahora ocurre en *flashes*, ondas, rayos de espectro radioelétrico que desbocan las colinas de Virginia, tan brillantes e infinitas, que a la tarde apenas puede reprochársele su mueca instantánea de atmósfera improvisada, y que en todo lo demás, como el resto de los espacios que ya no visitamos, también es un lugar esquelético y apagado, higienizado y vacío, ligeramente maltratado por un frescor primaveral, irresistible e intacto. Sobre las calles solitarias y extensas, como una ensoñación, nuestra clase nómada va tropezando por las alamedas, entrecortándose entre los tejados y la orfandad del río...

15.

9:51 p.m.

Rumiar las clases. Desmenuzar el estancamiento. Tener la ilusión de “comprender”, ¿pero comprender qué? ¿En qué idioma?

16.

7:08 pm

Hesitar: escribir este diario con la dificultad de adaptarse a la cuarentena, tropezando con desesperación por entre párrafos manchados de ausencia. E imágenes que son una falacia siniestra disfrazada de anécdota. Otra versión podría escribirse. Una versión sin violencia, trémula y remota como las demasiadas clases que inefablemente pulsan mi condición en la academia. Extinguido proclamo desde este cuerpo, alucinado en la pandemia, que no me sosiega sostener ahora la primera persona, a menos que corra el riesgo de apuntar a ciegas la desaparición del tiempo. ¿Por qué me

provoca un escándalo esta compulsión del yo? ¿No estaba acaso ya —a punto de limpiar con la almohadilla la última pizarra— llamada a *ser*, como un palpito largamente postergado?

17.

4:34 am

Tejidas en el presente, textualizadas por la frecuencia de los contagios encadenados, las horas emergen como una coartada implacable. Espontáneas, traducen el empobrecimiento opaco de la vida en este vértigo catastrófico, pautan el desmoronamiento orgánico, transparentan la sinceridad absoluta de la ficción. Y simultáneamente, en una secuencia de digresiones frenéticas, son lo único que nos compromete con una suerte de ilusión frente a *un punto de no retorno*. No, es preciso acompañar esta metamorfosis planetaria, anotar el historial clínico del alma hundiéndose en el ombligo magnífico de un virus que amenaza con alcoholizarnos, expropiarnos, redimirnos —a veces terminábamos la clase muertos de la risa, en medio de un parloteo incoherente y muy escandaloso—, mientras se asoma a la superficie de un mundo que ha empezado ya a erosionar, frustrando todos los imposibles —a veces, apenas un murmullo extenuado, breve y extranjero—.